

# **Patrimonio local, turismo e identidad nacional en una ciudad de provincias: Toledo a principios del siglo XX**

Post-print

Original publicado en:

*Hispania. Revista Española de Historia*

vol. LXXIII, núm. 244 (mayo-agosto 2013) pp. 349-367.

Eric Storm  
Universidad de Leiden  
Holanda

## **Patrimonio local, turismo e identidad nacional en una ciudad de provincias: Toledo a principios del siglo XX**

Eric Storm, Universidad de Leiden, Holanda

La identidad nacional de la mayoría de los países europeos fue, en gran parte, inventada durante el siglo XIX. Fue entonces cuando se determinó cuáles eran los héroes de la nación, sus lugares de la memoria y sus señas de identidad. No se trató de un proceso lineal, sino que, en el fondo, cada corriente ideológica construía su propio imaginario nacional e intentaba imponer su interpretación de la nación a los demás<sup>1</sup>. Este proceso de nacionalización afectaba sobre todo a la interpretación del pasado, pero también tuvo sus repercusiones sobre lo que se denomina el patrimonio de la nación: los restos del glorioso pasado nacional.

Sin embargo, no había solamente varias interpretaciones ideológicas, sino también una clara evolución en el tiempo. De este modo, a mediados del siglo XIX el patrimonio nacional todavía se limitaba a los restos arqueológicos más espectaculares, las grandes ruinas históricas, las obras maestras del arte y los gloriosos monumentos del pasado lejano como catedrales, castillos y palacios. Hacia finales del siglo XIX y principios del XX, no obstante, también se empezó a definir ciertos paisajes naturales como parte del patrimonio de la nación, conservándolos como “parques nacionales”<sup>2</sup>, y lo mismo pasó con la cultura popular. Los intelectuales se interesaban por productos artesanos, trajes típicos, tradiciones locales y construcciones populares, que ahora se veían como auténticas expresiones del espíritu del pueblo. Por lo tanto, eran dignos de ser protegidos como parte del patrimonio nacional. En el fondo se puede decir que hacia finales del siglo la identidad nacional ya no se definía exclusivamente por la alta cultura, sino que su contenido se extendió y democratizó<sup>3</sup>.

La construcción de la identidad nacional fue en gran parte la labor de las clases dirigentes nacionales. Sin embargo, como se ha puesto de manifiesto en estudios recientes, las elites provincianas también tuvieron un papel importante. En muchos casos apelaron a esta identidad nacional para exigir medidas o ayudas financieras del gobierno, mientras que al mismo tiempo contribuyeron al proceso de construcción nacional subrayando la contribución de la propia región a la grandeza nacional para así reforzar también su propia posición como intermediarios entre la capital y la provincia<sup>4</sup>. En algunos casos excepcionales, que atrajeron mucha atención por parte de los historiadores, la identidad nacional fue contestada por regiones periféricas con fueros especiales (como el País Vasco) o con fuertes mitos de resistencia (Cataluña). En estos casos fueron las elites de ciudades grandes, que difícilmente aceptaban la dominación de la capital nacional, las que tomaron la delantera y construyeron identidades colectivas duales o incluso rivales.

---

<sup>1</sup> Jose Álvarez Junco, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, 2001.

<sup>2</sup> Véase por ejemplo Nicolás Ortega Cantero, “La valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Castilla (1875-1936)”, *Ería*, 73-74 (2007) pp. 137-159.

<sup>3</sup> Eric Storm, *The Culture of Regionalism: Art, Architecture and International Exhibitions in France, Germany and Spain, 1890-1939*, Manchester, Manchester University Press, 2010.

<sup>4</sup> Manuel Suárez Cortina, *Casonas, hidalgos y linajes. La invención de la tradición cantábrica*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994; Javier Moreno Luzón, “Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz”, *Ayer*, 52 (2003), 207-236, Javier Moreno Luzón, “Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de Independencia”, *Historia y Política*, 12 (2004) 41-78; Sören Brinkmann, *Der Stolz der Provinzen, Regionalbewußtsein und Nationalstaatsbau im Spanien des 19. Jahrhunderts*, Francfort, Peter Lang, 2005; Carlos Forcadell Álvarez y María Cruz Romeo Mateo (eds.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006 y Xosé M. Núñez Seixas (ed.), *Ayer*, 64 (2006) *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*.

El proceso de construcción nacional dirigido por las elites nacionales ha sido objeto de un gran número de estudios históricos en España y en el resto de los países europeos. También la reacción de las elites en las regiones periféricas, especialmente en Cataluña, el País Vasco y en menor medida Galicia, ha sido analizada extensivamente. Sin embargo, no sabemos mucho de la reacción de elites provincianas en otras regiones de España, y menos todavía en las zonas centrales del país. Así pues, en este artículo queremos responder a las siguientes preguntas: ¿quiénes en Toledo fomentaban el aprecio del patrimonio local?, y, sobre todo, ¿por qué lo hacían? ¿Era para fortalecer la identidad nacional de los toledanos? ¿Para atraer turistas? ¿O sobre todo para reforzar la posición de la ciudad frente a los círculos gubernamentales de Madrid? Como fuente principal hemos elegido la prensa local, que entre 1900 y 1914 vivía su edad de oro. Sus artículos nos ofrecen la perspectiva de las diversas corrientes ideológicas dentro de las elites locales. Además, esta época también se caracteriza por el crecimiento rápido del turismo. Mientras que en 1909 Toledo era visitado solamente por unos mil turistas, en 1913 esta cifra ya había ascendido a cuarenta mil, de modo que se puede esperar que éste empezara a ser un factor importante<sup>5</sup>. La Primera Guerra Mundial será un lógico punto final para este estudio, ya que interrumpió el flujo masivo de turistas, impuso otros temas del debate y provocó una crisis en el sector periodístico por el encarecimiento del papel.

### **Toledo y el patrimonio nacional hacia finales del siglo XIX**

A principios del siglo XX Toledo era una pequeña ciudad con poco más de 23.000 habitantes<sup>6</sup>. Como las demás capitales de provincia, Toledo tenía cierta infraestructura para la conservación de monumentos. En 1844, siguiendo probablemente el ejemplo francés, el gobierno había decidido crear en cada provincia una Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos, para vigilar la “conservación de nuestras antigüedades”<sup>7</sup>. Desde 1883, la ciudad también contaba con una Escuela de Artes y Oficios, construida expresamente para facilitar la restauración de San Juan de los Reyes y demás monumentos. Existió brevemente una Sociedad Arqueológica local y en 1916 se fundó una Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, que tuvo una vida más duradera. La Comisión Provincial de Monumentos estaba encargada de vigilar el patrimonio y supervisaba la Biblioteca Provincial, el Museo Provincial, Cristo de la Luz, Santa María la Blanca, El Tránsito, el castillo de San Servando y algunas puertas antiguas. Sin embargo, la comisión no hacía más que asesorar al Ministerio de Fomento y a partir de 1900 al nuevo Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Al mismo tiempo la comisión podía presionar a las autoridades nacionales mandando informes a la Real Academia de Bellas Artes y a la de la Historia en Madrid. A veces, la falta de consideración por las sensibilidades locales por parte del ministerio provocaba una crisis. Cuando en 1891, por ejemplo, el ministro decidió transferir la tutela del Museo Provincial de la Comisión Provincial de Monumentos a la Dirección General de Instrucción Pública de su ministerio, la Comisión Provincial de Monumentos dimitió en pleno, aunque el nuevo

---

<sup>5</sup> Santiago Camarasa, “Turismo”, *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y de Ciencias Históricas de Toledo*, XI, 30 (marzo 1927) p. 17.

<sup>6</sup> Rafael del Cerro Malagón, “El Siglo XX. El cierre de un milenio” en: Julio de la Cruz Muñoz (ed.) *Historia de Toledo*, Toledo, Azacanes, 1997, pp. 539-627.

<sup>7</sup> Véase para algunos estudios recientes sobre las comisiones de monumentos: María Puy Huici Goñi, “Las Comisiones de Monumentos históricos y artísticos con especial referencia a la Comisión de Navarra”, *Príncipe de Viana*, 189 (1990), pp. 119-209; Noelia García Pérez, “La Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Murcia (1890-1900)”, *Imafronte*, 15 (2000), pp. 71-84 y Joaquín Martínez Pino, “La comisión provincial de los monumentos de Murcia. Precedentes y actuaciones (1835-1865)”, *Espacio, Tiempo y Forma*, serie VII, *Historia de Arte*, 18-19 (2005-2006), pp. 135-162.

conservador del museo, Francisco Navarro Ledesma, fuera de origen toledano. La comisión solamente se reconstituyó en 1901. Sus protestas, sin embargo, no surtieron ningún efecto<sup>8</sup>.

Un reciente y detallado estudio de la Comisión Provincial de Monumentos de Toledo pone de manifiesto que los miembros iban a remolque de las nuevas tendencias que siempre venían de fuera. El autor señala por ejemplo que la comisión se interesó sobre todo por la herencia cristiana – desde los visigodos hasta el gótico y la época imperial – mientras que los académicos y los funcionarios madrileños consideraban los restos islámicos y hebraicos como los más genuinos de la ciudad. De la misma manera, la comisión tardó en interesarse por la arquitectura popular y los tesoros artísticos de los pueblos<sup>9</sup>.

Más importante para la imagen de Toledo y la apreciación de su patrimonio, por lo tanto, fue el interés por la ciudad que venía de fuera. Un papel importante durante las últimas décadas del siglo XIX estaba reservado a los intelectuales de la innovadora Institución Libre de Enseñanza, que mostraron una nueva sensibilidad por el patrimonio que iba más allá de los ensueños románticos y la erudición científica. Francisco Giner de los Ríos daba especial importancia a la enseñanza práctica y por lo tanto llevó a sus alumnos de excursión para darles lecciones de geología, botánica, geografía e historia. También sin alumnos, Giner y sus amigos – algunos, como José Fernández Jiménez, Juan Facundo Riaño y Manuel Bartolomé Cossío, con grandes conocimientos de arte – querían sentir el paisaje y el pasado visitando los alrededores de Madrid, y uno de sus destinos favoritos era Toledo. Su entusiasmo por la vieja ciudad fue compartido por intelectuales, pintores y escritores afines. De este modo Martín Rico y Aureliano de Beruete empezaron a pintar vistas de Toledo, mientras que Benito Pérez Galdós situó su novela *Ángel Guerra* (1891) en la ciudad<sup>10</sup>.

A partir de los años noventa una generación más joven empezó a sentirse atraída por el encanto de Toledo, aunque sus intereses eran menos naturalistas. Un buen ejemplo de este interés eran las visitas de Azorín y Pío Baroja a la ciudad, que fueron reelaboradas en *La Voluntad* (1902) y *Camino de perfección* (1902), dos novelas emblemáticas de la sensibilidad subjetiva de la generación del 98. Otros escritores de la misma generación, como Ángel Ganivet y su amigo Francisco Navarro Ledesma, también mostraron un gran interés por la ciudad que, según ellos, encarnaba el espíritu nacional de España. Al mismo tiempo, pintores como Santiago Rusiñol e Ignacio Zuloaga sacaron a Doménikos Theotokópoulos, mejor conocido como El Greco, del olvido en el que había caído. De hecho, se empezó a considerar al pintor cretense como el más importante iniciador del florecimiento de la escuela española durante el siglo XVII. Mientras que la pequeña exposición monográfica de obras de El Greco en Museo del Prado de 1902 pasó casi desapercibida, en los años siguientes el pintor fue catapultado a la fama mundial. De este modo, en 1908 se podía ver una retrospectiva de sus cuadros en el vanguardista Salón de Otoño en París, mientras que en el mismo año se publicó su biografía, escrita por Manuel Bartolomé Cossío. Su fama como pintor del espíritu individual y nacional se difundió definitivamente con la publicación en 1909 de *Greco, ou le secret de Tolède* del famosísimo escritor francés Maurice Barrès, mientras que el crítico de arte alemán Julius Meier-Graefe, con su *Spanische Reise* de 1910, inició una verdadera grecomanía en los círculos vanguardistas alemanes<sup>11</sup>.

---

<sup>8</sup> Francisco García Martín, *La comisión de monumentos de Toledo (1875-1931)*, Toledo, Ledoría, 2010, respectivamente pp. 73-83, 353-358, 289-294 y 130-134.

<sup>9</sup> García Martín, op.cit., pp. 510-511 y 440-509.

<sup>10</sup> María del Carmen Pena, *Pintura de paisaje y ideología. La generación del 98*, Madrid, Taurus, 1988; Jacobo García Álvarez, “Paisajes nacionales, turismo y políticas de memoria: Toledo (1900-1950)”, *Ería*, 73-74 (2007), pp. 193-212; José Pedro Muñoz Herrera, “Toledo o el Greco. Reconocimiento y efusión del escenario”, *Revista Archivo Secreto*, 3 (2006) pp. 89-108 en: <http://www.ayto-toledo.org/archivo/revista/as3/05.pdf>.

<sup>11</sup> Eric Storm, *El descubrimiento de El Greco: Nacionalismo y arte moderno (1860-1914)*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

## Los ornamentos de la nación salen al extranjero

Aunque los cuadros de El Greco se convirtieron rápidamente en el tema principal del debate sobre el patrimonio toledano, la exposición de 1902, que se organizó como parte de las festividades orquestadas para celebrar la mayoría de edad de Alfonso XIII, todavía fue ignorada totalmente por la prensa local. En los años siguientes se puso de manifiesto que los toledanos tardaron en percatarse del nuevo aprecio por El Greco, tanto en los círculos progresistas de Madrid como en el extranjero, si no era para aprovecharse de él, vendiendo sus obras a buen precio. En abril de 1906, por ejemplo, en Madrid surgieron rumores de que se estaba tramitando la venta del *Entierro del Conde de Orgaz*, la obra maestra de El Greco, ubicada en la iglesia de Santo Tomé. Alejandro Saint-Aubin, un crítico de arte madrileño, dio la alerta en el *Heraldo de Madrid*, un periódico que defendía el ideario de su cuñado José Canalejas. Otros periódicos izquierdistas de la capital, como *El País*, se hicieron eco de la noticia<sup>12</sup>. Esta vez, la alarma era falsa. Sin embargo, Saint-Aubin seguía las posibles transacciones con mucho interés, ya que el 8 de noviembre, en su condición de diputado liberal, le hizo una pregunta al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, el liberal Amalio Jimeno, sobre la venta de los grecos de la capilla de San José, que pertenecía al conde de Guendulain. El problema no era tanto que el público ya no podría admirar los cuadros, sino que –según el parlamentario– estas obras formaban parte integral del patrimonio nacional, y por lo tanto habría que evitar su salida del país. El ministro prometió informarse y hacer todo lo posible para impedir que estos “ornamentos de la nación” salieran de Toledo. Muchos periódicos de la capital recogían la noticia, mostrando de esta manera su preocupación<sup>13</sup>.

En Toledo, parecía que la mayor parte de la prensa dinástica no estaba demasiado interesada en el asunto. Las publicaciones conservadoras ni siquiera mencionaban el tema, mientras que *El Heraldo Toledano*, dirigido por el concejal liberal Federico Lafuente, mandó un periodista a informarse. Aunque parecía que había interés desde el extranjero por adquirir las obras, el diario local aprovechó la ocasión para desmentir los rumores que venían de Madrid: “Hoy no hay más que un hecho concreto: los cinco cuadros del Greco a que se aluden están en la capilla de San José, en Toledo”<sup>14</sup>.

*El Día de Toledo*, un semanario de talante liberal, sí que reflejaba la actitud preocupada de buena parte de la prensa madrileña. En la edición del 17 de noviembre alabó las “acertadas medidas y disposiciones” del ministro – que había prohibido al administrador de la capilla que dejara salir los cuadros – aunque temió que no fueran suficientes ya que los cuadros, “si no estamos equivocados, son de propiedad particular”. En este caso el Estado podría intentar adquirir el cuadro, pero de ninguna manera podría impedir su venta. El semanario lamentó profundamente el mal moral de la expoliación de las riquezas arqueológicas y artísticas de la ciudad, que ya existía desde hacía tiempo. “El mal no tiene remedio; la codicia mata al patriotismo, y el amor local desaparece ante un puñado de pesetas que ... no responde ... al valor relativo de aquello que para siempre desaparece de la madre patria”<sup>15</sup>. De manera similar se expresó el semanario republicano *La Campana Gorda*: “Por fortuna se ha dado a tiempo la voz de alerta, y es de esperar del patriotismo y buen sentido del conde de Guendulain que tal despojo no consienta”<sup>16</sup>. La voluntad de conservar el cuadro para la nación, por lo tanto, era equiparada por estos periodistas al patriotismo, ya que un cuadro

---

<sup>12</sup> Saint-Aubin, “Arte y artistas: Alerta”, *Heraldo de Madrid* (18 abril 1906), véase también *El País* del día siguiente.

<sup>13</sup> “En Toledo. Venta de cuadros del Greco”, *El Imparcial* (10 noviembre 1906). Véase también otras noticias sobre el mismo asunto en *ABC* del día 9 y *El Imparcial* del día 12.

<sup>14</sup> “Lo de los cuadros del Greco”, *El Heraldo Toledano* (12 noviembre 1906).

<sup>15</sup> “Interior”, *El Día de Toledo* (17 noviembre 1906).

<sup>16</sup> J.E. Infantes, “Toque semanal”, *La Campana Gorda* (15 noviembre 1906).

del pintor cretense no era cualquier obra de arte, sino que se había convertido en una parte inalienable de la herencia artística del pueblo español<sup>17</sup>.

Aproximadamente un año más tarde, el conde sucumbió a la tentación y dos de sus grecos, entre los cuales se encontraba un admirable *San Martín*, fueron vendidos a la galería Goupil de París. La alerta no tardó en producirse. El 9 de octubre, por ejemplo, el destacado diario madrileño *El Imparcial* recogió el rumor de que dos importantísimos cuadros del Greco “han caído al fin en manos de cierto audaz negociante francés”. Según el diario, que apoyaba fielmente a su propietario, el prohombre liberal Rafael Gasset, parecía que se trataba de los cuadros que el anterior ministro “impidió que fuesen arrancados de los altares donde figuraban desde el siglo XVI”<sup>18</sup>.

Pocos días después se inició un debate, tanto en el Congreso como en el Senado. El tema volvería en casi cada sesión durante más de un mes. El primero en sacar el asunto fue el arquitecto catalanista Josep Puig i Cadafalch, quien pidió al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes que interviniera. El ministro, el conservador Faustino Rodríguez San Pedro, se mostró mucho más reservado que su antecesor, insistiendo que “la ley no permite la intervención del Gobierno en el asunto, pues se trata de una venta de obras de propiedad particular”. Puig y diputados republicanos como Alfredo Vicenti y Gumersindo de Azcárate, un buen amigo de Giner de los Ríos, afirmaron que España debería impedir la venta de sus tesoros nacionales, como lo hacían otros países como Italia, Grecia y Turquía. El ministro no era muy cooperativo, repitiendo que el gobierno no podía hacer nada. La máxima concesión que quería hacer era invitar al diputado de la Lliga Regionalista a presentar una proposición de ley que “llene la deficiencia de legislación”. Había también conservadores que se interesaban por la suerte de los cuadros. Así el crítico de arte y senador Elías Tormo inició el debate en el Senado, pidiendo explicaciones al ministro, mientras que en el mismo foro el obispo de Madrid lamentó la desaparición de los cuadros. No obstante, la oposición política al gobierno largo de Antonio Maura, compuesta por catalanistas, liberales y republicanos, se mostró mucho más crítica. Especialmente el republicano radical Rodrigo Soriano, que aprovechó el debate en las Cortes para fustigar a la Iglesia católica por vender los tesoros artísticos de la patria y al gobierno por su pasividad en el asunto. Estos debates eran resumidos casi diariamente en los principales periódicos madrileños<sup>19</sup>.

Dos semanas más tarde el conde de Guendulain, quien era senador por derecho propio, explicó lo que había pasado. Afirmó que ya había sufragado algunos gastos de la capilla por su propia cuenta, y que solamente había decidido vender dos grecos para saldar las deudas restantes. Puesto que desde el extranjero se ofreció mucho más dinero, la solución era clara. Añadió que había pedido permiso tanto a las autoridades estatales como a las eclesiásticas y dio las gracias al arzobispo de Toledo por su cooperación y al ministro por querer amparar sus derechos<sup>20</sup>. Sin embargo, la oposición persistió en sus críticas y siguió dos semanas más pidiendo explicaciones al ministro y proponiendo otras soluciones, como la compra de los cuadros por parte del Estado.

Estos prolongados debates parlamentarios ni siquiera lograron despertar el interés de los mayores diarios toledanos, y cuando la prensa local se pronunció era para mostrar una actitud recelosa frente a todo lo que venía de Madrid. *El Heraldo Toledano*, por ejemplo, resumía en algunas noticias breves el revuelo producido en la capital. Afirmó que en las circunstancias actuales no se podía hacer nada para impedir la venta, y que habría que adoptar

---

<sup>17</sup> Véase también: Eric Storm, “La nacionalización de El Greco”, *Claves de Razón Práctica*, 137 (2003) pp. 74-79.

<sup>18</sup> “Exportación de obras de arte”, *El Imparcial* (9 octubre 1907).

<sup>19</sup> Véase por ejemplo los resúmenes de los debates en *ABC* de 15, 17, 20, 23 y 26 de octubre 1906.

<sup>20</sup> Véase por ejemplo: “Senado”, *La Epoca* (30 octubre 1907), “Senado”, *ABC* (31 octubre 1907) y “Senado”, *El Imparcial* (31 octubre 1907).

una nueva ley de “expropiación por razón artística”. Sin embargo, dos semanas más tarde aplaudió las explicaciones del conde de Guendulain en el Senado, como diciendo que en Toledo no se había hecho nada malo<sup>21</sup>.

Solamente las publicaciones de la extrema izquierda y de la extrema derecha empezaron a mezclarse en el asunto, defendiendo posiciones radicales que en Madrid apenas se podían escuchar. Una única publicación local, *La Campana Gorda*, seguía afirmando, como hacían Puig i Cadafalch y los republicanos en el parlamento, que el conde no tenía derecho a vender los cuadros ya que no era dueño de la Capilla de San José, sino meramente su patrono. Y aunque fuera propiedad privada, el Estado en todo caso debería impedir que “sus históricos orgullos” saliesen del país. De este modo el diario lamentó que el gobierno no se preocupase lo suficiente de los tesoros artísticos nacionales. Sin embargo, mucho más deplorable era el hecho de que los toledanos no salieran a las barricadas para defender su patrimonio local, y el semanario lo denunció en un tono virulento. Los diputados toledanos, por ejemplo, no dejaban escuchar su protesta en este asunto y en la ciudad reinaba una “apatía suicida”. En vez de explotar sus joyas históricas los toledanos ni siquiera se molestaron en proteger su patrimonio. “Ya no es el caso del imbécil que, poseyendo un tesoro, no se preocupa de aumentar su valor y procurar que le produzca mayores rendimientos.... Es ya que exteriores fuerzas nos atacan, es que nos quitan lo nuestro, lo que es nuestra historia, nuestro mérito y valer... y, sin embargo, contemplamos indiferentes la rapiña”<sup>22</sup>.

Mientras los periodistas de *La Campana Gorda* criticaron la pasividad de sus conciudadanos, la publicación católica *El Castellano* salió en defensa de la actitud de la Iglesia. Probablemente los malos recuerdos de las desamortizaciones le hicieron adoptar una postura ultra liberal, ya que se oponía radicalmente a una interferencia del Estado en este tipo de asuntos, defendiendo “la libertad más absoluta en la venta de obras de arte” y rechazando “los ataques al derecho de propiedad”. El periódico que aparecía dos veces a la semana “con censura eclesiástica” incluso llamó a la Iglesia “la protectora verdadera del arte”, mientras que afirmó que los “anticlericales”, que se oponían a la venta, solamente querían una nueva ley de desamortización para empobrecer a la Iglesia. Juzgando el escándalo que se montaba en el Congreso y en los periódicos madrileños, escribió, “habrá creído que a España la han arrancado alguna de sus más ricas y fértiles provincias”, y aunque no lo decía, el autor seguramente pensaba que solamente se trataba de unas telas viejas de un pintor extranjero.<sup>23</sup>

### **Particularismo local: la Casa del Greco**

Otra prueba del escaso interés por el patrimonio local, cuya importancia en el caso de El Greco solamente fue defendida por la izquierda cuando levantó debate en la opinión pública nacional, era el hecho de que los periódicos toledanos ni siquiera mencionaban siquiera el ofrecimiento de la Casa del Greco al Estado. En 1905 el marqués de la Vega Inclán, un aristócrata que se movía en gran parte en el ambiente intelectual de la Institución Libre de Enseñanza, había comprado un solar que presumiblemente contenía los restos de la antigua casa de El Greco. Antes de restaurarlo ofreció la futura casa-museo al Estado mediante una declaración en el Congreso por parte de su amigo y diputado liberal el duque de Tamames. El día 31 de octubre de 1907, en medio del barullo levantado por la venta de los cuadros de la Capilla de San José, el marqués prometió instalar en ella un museo con cuadros

---

<sup>21</sup> “Los cuadros del Greco” *El Heraldo Toledano* (18 y 31 octubre 1907).

<sup>22</sup> Dananfer, “Toque semanal”, *La Campana Gorda* (17 octubre 1907) y Dananfer Infantes, “Toque semanal. Por el arte español: Los cuadros del Greco”, *La Campana Gorda* (24 octubre 1907).

<sup>23</sup> Respectivamente A.L.A. “Los cuadros del Greco”, Felipe Ibave, “La Iglesia y las obras de arte” y “Las obras de arte” en *El Castellano* 18 y 26 de octubre y 9 de noviembre 1907.

de El Greco. Aunque poco después el Gobierno de Maura aceptó la oferta del marqués, la prensa toledana ni siquiera mencionó este acto generoso<sup>24</sup>.

Casi dos años más tarde, el museo, o más bien los cuadros que deberían exhibirse en él, se convirtió en otro agrio debate en el cual se defendían sobre todo los supuestos intereses locales contra los de fuera, en este caso contra el marqués madrileño. Nos da la impresión de que la interferencia de Madrid en la gestión del patrimonio local era más rechazada en Toledo que la desaparición para siempre de algunas piezas de su herencia artística y su salida al extranjero. De este modo, el 3 de mayo de 1909 *El Heraldo Toledano* publicó un artículo titulado “Alerta, Toledo”, en el cual apeló a la opinión pública local para estar vigilante y guardar celosamente sus riquezas de arte. El caso era que el marqués de la Vega Inclán, quien era designado meramente como “un caballero”, había mandado y pagado la restauración en los talleres del Museo del Prado de una serie de cuadros de El Greco. Las pinturas se expondrían en breve en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, para después figurar en la nueva Casa del Greco. *El Heraldo Toledano* se mostró preocupado. Agradeció las iniciativas del marqués y los gastos que sufragó para honrar a El Greco, pero tenía serias dudas acerca de la legitimidad de sus actos. Según *El Heraldo*, los cuadros que estaban depositados desde 1898 en el Museo Provincial – y que estaba cerrado desde hacía tiempo por obras – pertenecían a la Diputación Provincial y al Ayuntamiento de Toledo, y “un particular” o el Estado no podían disponer de cuadros que no eran suyos. La Diputación y el Ayuntamiento tenían locales apropiados para enseñar los cuadros, y no deberían instalarse en la supuesta casa del Greco<sup>25</sup>. Diez días más tarde, el periódico otra vez puso de manifiesto que no estaba de acuerdo con la manera en que el marqués de la Vega Inclán había procedido: “Arrancar esas joyas de arte del poder de sus dueños para restaurarlas, y con ese motivo o con ese pretexto incautarse de ellas, parécenos demasiado fuerte, para que los toledanos vean con calma la expropiación”<sup>26</sup>.

Aunque el Rey en persona inauguró la exposición de los cuadros de El Greco en la Real Academia, el día 10 de mayo de 1909, ningún periódico toledano prestó atención a la apertura, ni a la exposición de estas pinturas toledanas. Sin embargo, sobre todo la prensa liberal y republicana recogió las críticas de *El Heraldo Toledano*, mostrando su preocupación por la suerte de los cuadros que pertenecían a Toledo y no a un señor madrileño. El diario liberal de corta vida *La Tarde* por ejemplo se quejó: “Precisamente cuando el mundo inteligente repara una injusticia de muchos siglos proclamando como glorioso el nombre de Domenico Theotocópuli...; Toledo, segunda cuna del artista, ciudad afortunada que guarda en su recinto lo mejor de la obra de tan excelso pintor, no pone todo el interés que debiera – siquiera fuese por egoísmo – en conservar el tesoro”. La solución consistía en colaborar todos juntos para defender lo que era de todos: “La solución, la verdad, es una sola: Diputación, Ayuntamiento, Toledo, en suma, deben hacer pronto y con energía que esos cuadros estén a cubierto de todo peligro para que el pueblo a que pertenecen pueda decir tranquilo y orgulloso: son míos”<sup>27</sup>.

Efectivamente, la Diputación Provincial, el Ayuntamiento y la Asociación Defensora de los Intereses de Toledo decidieron mandar una comisión a Madrid para conferenciar con los ministros de Instrucción Pública y de Gobernación – todavía en manos de los mismos conservadores que en 1907 – para reclamar “la reintegración a Toledo de los notables

---

<sup>24</sup> “Congreso”, *ABC* (1 noviembre 1907) y Marqués de la Vega Inclán, “Noticia preliminar” en: *Catálogo de la exposición de cuadros del Greco en la Real Academia de San Fernando*, Madrid, 1909.

<sup>25</sup> “Alerta, Toledo”, *El Heraldo Toledano* (3 y 5 mayo 1909) y véase también las noticias de los días 10 y 11 de mayo.

<sup>26</sup> “Los Grecos: Conviene prepararse”, *El Heraldo Toledano* (13 mayo 1909).

<sup>27</sup> Diego de Miranda, “Intereses toledanos”, *La Tarde* (11 mayo 1909). Véase también *La Tarde* del 14 de mayo y en *El Día de Toledo* de 8 y 22 mayo 1909.



cuadros” expuestos en la Real Academia de Bellas Artes. Había que defender el patrimonio local contra los de fuera, o, como decía *El Heraldo Toledano*: “no son los reclamantes unos cuantos Concejales y Diputados; es la provincia, es la capital; es un pueblo digno de toda clase de consideraciones quien pide”<sup>28</sup>.

En junio de 1910, cuando se inauguró la Casa del Greco con los diecinueve cuadros, la cuestión parecía zanjada. En un editorial el mismo periódico explicó que las protestas del año anterior habían sido innecesarias. “Afortunadamente, todos nos hemos equivocado: restaurados los cuadros, no han vuelto a su casa tal vez; pero han vuelto a su pueblo, y con ventaja, porque... hoy en apropiado lugar... pueden ser vistos de propios y extraños”<sup>29</sup>. Existen varios factores que pueden explicar este cambio de opinión. Primero, había quedado claro que el marqués de la Vega Inclán no era cualquier noble, sino que tenía el apoyo de las esferas más altas del poder. En 1910 el marqués había sido elegido diputado por el Partido Liberal gracias a sus buenos contactos con el nuevo primer ministro José Canalejas. Además, Alfonso XIII mostró gran interés por las iniciativas del marqués, inaugurando la exposición de 1909 y visitando la Casa del Greco el día 20 de junio de 1910. Además, justo antes de esta visita real a Toledo el marqués había sido nombrado primer Comisario Regio de Turismo<sup>30</sup>. Este apoyo institucional hacía aconsejable, a los partidarios del sistema político de la Restauración, moderar su censura de Vega Inclán; y esto se aplicaba sobre todo a los liberales que antes habían criticado tanto sus actuaciones.

El marqués de la Vega Inclán también hacía esfuerzos para obtener apoyo local. El 12 de junio de 1910 invitó las fuerzas vivas de Toledo a la Casa del Greco, explicando que esperaba convertir el museo en un verdadero centro de arte castellano para atraer más turistas a la ciudad. Además anunció su propósito de celebrar en 1914 el tercer centenario de la muerte del pintor y en aquella ocasión levantar un monumento en Toledo dedicado a su memoria. También aprobó la propuesta del concejal conservador Manuel Cano Gutiérrez de nombrar también algunos miembros locales en el patronato del nuevo museo<sup>31</sup>. Aparte de las excusas de *El Heraldo Toledano*, publicadas en la portada del periódico, todas las publicaciones locales aplaudían la apertura del nuevo museo, aunque lo hacían en breves noticias, a menudo en las páginas interiores. Ningún periódico local ofreció una descripción exhaustiva del nuevo museo a sus lectores, quizá como explicó *El Día de Toledo*: “pues ya con toda clase de detalles lo ha hecho la prensa madrileña, y seguramente la mayoría de nuestros lectores la [casa del Greco] conoce”<sup>32</sup>.

Sin embargo, los recelos locales no habían desaparecido totalmente. Mientras que *El Cronista*, un periódico conservador de reciente creación dirigido por Manuel Cano Gutiérrez, rindió homenaje al marqués de la Vega Inclán el día 23 de junio, dos días más tarde también publicó un artículo que había recibido de “un toledano” y que repetía las críticas anteriores. Puesto que el gobierno no había respetado los títulos de propiedad de los cuadros, el Estado podría algún día decidir que los cuadros saliesen al Prado, “sin que los toledanos podamos oponernos a estas traslaciones”.<sup>33</sup> Sorprendentemente, a *El Castellano*, que tanto había defendido los derechos del conde de Guendulain, no parecía importarle la cuestión de la

---

<sup>28</sup> “Los Grecos: Comisiones a Madrid”, *El Heraldo Toledano* (14 mayo 1909).

<sup>29</sup> “De interés para Toledo”, *El Heraldo Toledano* (24 junio de 1910).

<sup>30</sup> María Luisa Menéndez Robles, *El Marqués de la Vega Inclán y los orígenes del turismo en España*, Madrid, Ministerio de Industria, Turismo y Comercio, 2007; y Ana Carmen Lavín Berdonces, “El Greco entre dos siglos: De la construcción de un pintor al nacimiento de un mito” en *El Greco, Toledo 1900*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008, pp. 21-52.

<sup>31</sup> “Arte y Artistas. En el Museo del Greco”, *El Día de Toledo* (18 junio 1910). Véase también: Aureliano de Beruete y Conde de Cedillo, “Noticia preliminar” en *Catálogo del Museo del Greco de Toledo*, Madrid, 1912, pp. 3-12.

<sup>32</sup> “Arte y Artistas. En el Museo del Greco”.

<sup>33</sup> Un toledano, “Más sobre el museo del Greco”, *El Cronista* (25 junio de 1910).

propiedad en este caso, elogiando sin más al marqués por su donación de “ese tesoro que se llama Casa del Greco”<sup>34</sup>.

### Atraer turistas: El centenario de El Greco

La idea de celebrar el tercer centenario de la muerte de El Greco había sido recibida con mucho entusiasmo, tanto en Madrid como en Toledo. El 1 de diciembre de 1912 se dio el primer paso, cuando a invitación de la Comisión Provincial de Monumentos se reunieron unos cuarenta representantes de varios sectores de la vida cultural de Madrid y Toledo para constituir una junta organizadora del centenario. Aunque las autoridades nacionales y locales dieron su apoyo, hasta diciembre de 1913 no se desarrolló actividad ninguna. Parece que la rivalidad entre madrileños y toledanos, y en especial entre el marqués de la Vega Inclán y el patronato de la Casa del Greco por un lado, y los notables locales por otro, impedía una colaboración efectiva. Así el marqués expuso varias veces en *El Heraldo Toledano* que lo tenía todo preparado para el centenario. Estaba dispuesto a conseguir del Estado el crédito necesario y pedir en préstamo varios cuadros de El Greco para una exposición. Sin embargo, no hacía nada mientras no contara “con la unanimidad de los elementos de Toledo interesados en el asunto”.<sup>35</sup> Por otro lado, la junta local afirmó que no podía hacer nada “porque su finalidad era la de ejecutar acuerdos” de la junta organizadora, y “ésta no se había llegado a constituir”.<sup>36</sup> Lo más sorprendente era que el presidente de la inactiva junta organizadora, el pintor Joaquín Sorolla, era un buen amigo del marqués y miembro del patronato de la Casa del Greco. Solamente después de que a finales de 1913 el Partido Conservador cogió las riendas del poder, tanto a escala nacional como local, la organización empezó a funcionar, aunque ahora sin la colaboración activa de Vega Inclán, ni de muchos otros miembros destacados de la primitiva junta organizadora, como Sorolla, Zuloaga, Rusiñol y Azorín<sup>37</sup>.

En los primeros meses de 1914, cuando Toledo finalmente estaba preparándose para festejar el centenario de El Greco, y hubiera sido deseable la unidad de todos, varias polémicas sobre la conservación del patrimonio artístico envenenaron el ambiente. Al principio parecía que todas las fuerzas vivas aplaudían la decisión de ir adelante con el centenario y estaban dispuestas a poner su grano de arena para hacer del centenario un éxito. Rápidamente se confeccionó un programa para los días 5, 6 y 7 de abril con una exposición, dos misas conmemorativas, conferencias – que en su mayoría eran pronunciadas por miembros de las Reales Academias de Madrid y que contenían una interpretación algo conservadora de la obra de El Greco y de su tiempo – y la inauguración de un monumento dedicado a El Greco, dos conciertos y una función de gala en el teatro. Todos los periódicos publicaban una gran cantidad de noticias sobre las preparaciones y el programa, mostrando de esta manera su adhesión.

La gran excepción era el semanario carlista *El Porvenir*, cuya actitud crítica frente a las autoridades monárquicas salió a la superficie en casi todos sus escritos dedicados a la conmemoración de El Greco. Ya el primer día de 1914 afirmó que “fuera de los grandes funerales que se proyectan celebrar en la Iglesia Catedral, los demás [actos] no merecen la pena, y algunos números no sólo nos parecen mezquinos, sino más bien ridículos”. Es más, el

---

<sup>34</sup> “El Greco en Toledo”, *El Castellano* (11 junio 1910).

<sup>35</sup> “El Centenario del Greco y el marqués de Vega Inclán”, *El Heraldo Toledano*, (18 octubre 1913) y, “El Centenario del Greco”, *El Heraldo Toledano*, (28 noviembre 1913) y véase para la posible rivalidad entre Toledo y Madrid: “¿En camino de hacer algo? El Centenario del Greco”, *El Heraldo Toledano*, (20 diciembre 1913).

<sup>36</sup> “El Centenario del Greco”, *El Eco Toledano*, (22 diciembre 1913), véase también “Sobre el Centenario del Greco”, *El Heraldo Toledano*, (29 diciembre 1913) y García Martín, op. cit., pp. 177-181.

<sup>37</sup> Véase para el centenario: Storm, Eric, “Las conmemoraciones de héroes nacionales en la España de la Restauración. El centenario de El Greco de 1914”, *Historia y Política*, 12 (2004) pp.79-105.

semanario acusó a las autoridades de haber recibido una gran cantidad de dinero con ocasión de la visita del presidente francés Poincaré, en octubre del año anterior, sin haberlo gastado. “Se dice que para los gastos que hubiera de ocasionar la venida a Toledo de Mr. Poincaré, el Gobierno dio 100.000 pesetas no sabemos a qué personaje, y como lo que en Toledo se hizo lo gastaron las corporaciones de la localidad (Ayuntamiento, Diputación, etcétera), resulta que debe estar intacta la indicada cantidad, que no podría tener mejor destino que el de honrar al inmortal cretense”<sup>38</sup>. Su desconfianza también quedó patente algunas semanas más tarde, cuando se opuso a la idea del Conde de Cedillo, un destacado historiador conservador que en diciembre había sustituido a Sorolla como presidente de la junta organizadora, de reunir en una exposición en la “mal llamada Casa del Greco” los cuadros del pintor que actualmente se encontraban en las iglesias y conventos de la ciudad. “Y si llegaran a entrar en aquella ‘casa’, ¿no habría maliciosos que pensasen en la posibilidad de expedientes o pretextos inventados para que no salieran?” Tampoco olvidó el dinero estafado y una semana más tarde incluso llegó a dar nombres. “¿Podría sacarnos de la duda el anterior Alcalde Sr. Ledesma? ¿Sabrá algo de esto el Sr. Marqués de la Vega Inclán, dado su cargo de Comisario Regio del Turismo? ¿Sería procedente de aquella cantidad una subvencioncita que, según hemos oído, recibió nuestro colega *El Eco Toledano* como ayuda de los grandes sacrificios que tuvo que hacer para la tirada del número extraordinario publicado el día de la venida de Mr. Poincaré?”<sup>39</sup> De momento, sin embargo, ni el diario liberal aludido, ni las demás publicaciones querían dañar la atmósfera festiva y nadie respondió a las provocaciones de *El Porvenir*.

Mientras que durante el centenario algunos discutían sobre la cuestión de a quién, en el fondo, pertenecían los tesoros artísticos de El Greco – a sus propietarios, a la ciudad o a la nación – también había algunos entusiastas que querían aprovechar la ocasión para exponer todo el patrimonio local a un público lo más amplio posible. El que más esfuerzos hacía en este sentido era Manuel Cano Gutiérrez. Sin lugar a dudas era uno de los toledanos que más interés mostró en la conmemoración y en las reuniones del cabildo era el que más se preocupaba por la suerte del centenario. Así, el 3 de septiembre de 1913 preguntó al alcalde liberal si ya progresaba la preparación del centenario, “pues va pasando el tiempo y no se ve nada práctico”. Aunque el alcalde le aseguró que se empezaría con las preparaciones en breve, volvió a hacer preguntas sobre el mismo asunto tres meses más tarde – poco después de tomar posesión de su cargo el nuevo alcalde conservador – ya que “por rencillas personales entre los individuos que forman la junta, nada se hizo, causando innumerables perjuicios a la población”<sup>40</sup>.

A partir del 31 de diciembre de 1913, cuando una nueva junta dominada por los conservadores por fin había cogido el toro por los cuernos, Cano publicó cuatro artículos largos en *El Eco Toledano* en los que expuso sus ideas particulares para organizar unas festividades grandiosas con el fin de atraer a miles de extranjeros. El centenario para él no era una ocasión para fomentar el conocimiento de la obra y la figura de El Greco entre la población o estimular el sentimiento nacional. Tampoco le interesaba mucho que “los amantes del arte, los admiradores del Greco rindan homenaje a la memoria del genial artista *toledano*”. No, el centenario debería funcionar principalmente como fomento del turismo y así mejorar la situación económica de la ciudad. O, tal y como lo formulaba el autor, el centenario servía “para hacer que nuevamente el nombre sacrosanto de nuestro pueblo querido sea atracción irresistible para aquellos que al visitarnos proporcionan nuestro bienestar al mantener el

<sup>38</sup> “El centenario del Greco”, *El Porvenir*, (25 diciembre 1913 y 1 enero 1914).

<sup>39</sup> “El centenario del Greco”, *El Porvenir*, (29 enero y 5 febrero 1914).

<sup>40</sup> Actas, Ayuntamiento constitucional de Toledo (1913) 3 septiembre y 3 diciembre; Archivo Municipal de Toledo.

desarrollo del turismo, riqueza que Toledo debe atender y cuidar escrupulosamente para conservarla y acrecentarla”<sup>41</sup>.

Para ello el centenario tenía que tener “el carácter de universalidad”, y había que “interesar al mundo entero”. En primer lugar habría que buscar la cooperación de Creta, la isla donde había nacido El Greco. Además habría que invitar a las representaciones de las escuelas de Bellas Artes y de los museos de Italia, país donde El Greco había aprendido a pintar. Pero esto no era suficiente para Cano. “Al propio tiempo, sería la más propicia ocasión para que todas las Academias de Bellas Artes y todos los museos oficiales del mundo civilizado, acudiesen a Toledo para tomar parte en este homenaje y para visitar esta urbe encantadora que puede ofrecer sus calles, sus monumentos y sus obras de arte, como páginas indelebles de la historia del arte, genuinamente español, compendio de las escuelas distintas a que dieron vida y calor civilizaciones diferentes”<sup>42</sup>.

Pero no había que limitarse a artistas, académicos y aficionados al arte, que solamente necesitarían el aliciente de una “cortés invitación” para venir. También habría que atraer a la “masa” de turistas. Y para ello Toledo tendría que seguir el ejemplo de las estaciones veraniegas como Trouville, Ostende, Biarritz y San Sebastián que “seducen al mundo entero con los anuncios de lo que las respectivas playas están dispuestas a ofrecer”. Gracias a esta labor de propaganda “estas poblaciones son ricas y prósperas, y viven bien todo el año”. De la misma manera Toledo tendría que convertirse en “la *ciudad de moda* en el mundo durante el corriente año”. Y para ello había que confeccionar un “programa de espectáculos, de fiestas, de números que sean de tal magnitud, que constituyan una atracción de tal naturaleza, y a la cual no puedan sustraerse los que al anuncio de ella sientan el irresistible deseo de visitar Toledo”<sup>43</sup>.

Para lograr esto, Cano propuso trasladar todos los cuadros del Greco que se encontraban en Toledo a un pabellón especial donde también se exhibirían cuadros de su maestro Tiziano y de sus alumnos; un proyecto claramente más ambicioso que el que se estaba preparando en la Casa del Greco por la junta organizadora. También habría que organizar asambleas, congresos y conferencias, pero lo que más le interesaba era la parte que servía para atraer a turistas corrientes. Aunque admitía que las fiestas tenían que reflejar la solemnidad de la ocasión, la parte más espectacular debería ser una reproducción de la “vida de los siglos pasados”. Lo que quería organizar era una especie de exhibición histórica con personas reales disfrazadas con trajes de época. Este tipo de recreaciones históricas con un destacado aspecto folklórico y exótico era muy popular en las exposiciones universales del periódico. Incluso proclamó, de forma patética, que iba a ser la “mejor manifestación del siglo en que vivimos”. Quería recrear Toledo como la ciudad del cruce de civilizaciones “con sus catedrales, sus mezquitas y sus sinagogas”. Para ello, quería invitar a la nobleza española, al pueblo toledano de hoy, a los judíos españoles, remediando un desierto de reyes intolerantes, y a los moros, recreando así un Toledo de las tres culturas que ya no existía cuando El Greco llegó a la ciudad en 1577. Partiendo de una visión idealizada de la convivencia medieval quería ofrecer al público un espectáculo exótico. Esto se puso de manifiesto en sus planes para invitar a los habitantes del protectorado español en Marruecos, “moros notables de la zona española marroquí, que vendrían con sus séquitos, sus servidumbres, en el mayor número posible”, para representar a la población árabe del pasado. De este modo “pagaríamos a los de hoy la deuda de gratitud que teníamos contraído con sus antepasados”<sup>44</sup>.

---

<sup>41</sup> M. Cano Gutiérrez, “Centenario del Greco I”, y “Centenario del Greco II”, *El Eco Toledano*, respectivamente 31 diciembre 1913 y 5 enero 1914.

<sup>42</sup> M. Cano Gutiérrez, “Centenario del Greco II”, *El Eco Toledano*, 5 enero 1914.

<sup>43</sup> M. Cano Gutiérrez, “Centenario del Greco III”, *El Eco Toledano*, 9 enero 1914.

<sup>44</sup> M. Cano Gutiérrez, “Centenario del Greco IV”, *El Eco Toledano*, 15 enero 1914.

Sus propuestas no tuvieron ningún eco en la prensa, probablemente porque todo el mundo comprendía que sus grandiosos planes eran irrealizables en el corto plazo que quedaba hasta la conmemoración en abril. Sin embargo, en su calidad de concejal quiso realizar por lo menos una parte de su proyecto. Así, en la sesión municipal de 16 de marzo de 1914 propuso, principalmente por motivos económicos, que el Ayuntamiento tomase la iniciativa de organizar un congreso de judíos españoles en Toledo. Algunos concejales se opusieron a la idea, alegando que la presencia masiva de judíos en la ciudad podría ser dañosa para las ideas católicas del pueblo. Aunque no había muchos que se entusiasmaran, se decidió aplazar la moción para la próxima sesión para poder estudiar el asunto detenidamente<sup>45</sup>.

Los periódicos liberales y republicanos resumían el debate sin hacer comentarios<sup>46</sup>. Pero esto no era el caso con la prensa católica, que dejó claro que según ella los judíos y su herencia no tenían nada que ver con el pueblo español. *El Castellano* reprodujo las reacciones a la propuesta de Cano, añadiendo: “Realmente los toledanos poco saldríamos ganando con que se reuniesen aquí para celebrar solemne asamblea aquellos a quienes un día tuvimos que expulsar por enemigos de nuestra Religión y de nuestra raza”. El número siguiente abrió con un comentario editorial. Utilizando viejos tópicos antisemitas, la redacción rechazó que el congreso pudiera traer considerables ventajas materiales, ya que los “descendientes de Abraham no suelen pecar de generosos”. Si a los judíos les place venir a Toledo no habría que impedirselo, pero no veía tampoco factible un acercamiento entre el pueblo hebreo y el español, diciendo “¿es que se pueden borrar en tres días muchos siglos de historia?” Según el periódico, Toledo no debería ser “la iniciadora de un congreso de aquellos que más de una vez hicieron correr sangre cristiana en sus plazas y calles, y que merecieron ser expulsados del reino por incompatibilidad de razas, por enemigos irreconciliables del nombre cristiano y por eternos conspiradores contra la Patria española”<sup>47</sup>.

Los carlistas de *El Porvenir* tampoco se mordieron la lengua, lanzando incluso un fuerte ataque personal contra Manuel Cano: “lo peor es que el buen señor va siempre contra la corriente, y no obstante su ‘toledanismo’, se levantan contra él hasta las piedras de las calles”. Además, acusaron al político conservador de no ser un buen católico, ya que este “Sr. Cano... comió de carne en el Carpio [pueblo cerca de Toledo] el miércoles de ceniza como cualquier judío, y ahora se nos presenta como importador del averiado género israelita”. Como *El Castellano*, el semanario insistió en la incompatibilidad entre el pueblo español y el hebreo, subrayando sobre todo el prejuicio antisemita de los judíos como estafadores capitalistas y como un pueblo nómada: “no tienen ni Religión, ni Patria, ni otros amores que la codicia y el interés”<sup>48</sup>.

No solamente la posible llegada de judíos en el presente era tema de debate, justamente en aquellos años se discutía también sobre la necesidad de preservar el legado de la presencia judía en el pasado, y en concreto las casas y calles del barrio judío. En este caso, las posiciones eran muy similares. Los miembros de los partidos dinásticos y los republicanos querían conservar el patrimonio judío, incluso si no se trataba de edificios monumentales, mientras que la derecha católica prefería modernizar esta parte de la ciudad siguiendo las nuevas normas de higiene social. Sin embargo, hay que admitir que en este caso el interesado era un establecimiento católico, puesto que en 1913 el Colegio de Nuestra Señora de los Remedios, también conocido como el Colegio de Doncellas Nobles, presentó sus planes para derribar una parte del barrio judío con el fin de crear un patio de recreo para sus alumnas.

---

<sup>45</sup> Actas, Ayuntamiento constitucional de Toledo (1914) 16 marzo; Archivo Municipal de Toledo.

<sup>46</sup> “Vida municipal”, *Eco Toledano* (17 marzo 1914) y “De la sesión municipal”, *El Heraldo Toledano* (20 marzo 1914).

<sup>47</sup> “¿Un Congreso judío en Toledo?”, *El Castellano* (16 marzo 1914) y Z., “¿Los judíos a Toledo?”, *El Castellano* (21 marzo 1914).

<sup>48</sup> “El Ayuntamiento”, *El Porvenir* (19 marzo 1914).

La Comisión Provincial de Monumentos de Toledo aprovechó la polémica para pedir al Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes “una disposición legal que condicione y limite las facultades de los Ayuntamientos en toda reforma urbana que pueda alterar el carácter artístico y monumental de las poblaciones antiguas”, queriendo ensanchar así su campo de trabajo de los grandes monumentos al conjunto monumental y reflejando el creciente interés por la arquitectura popular. Habría que proteger las casas antiguas, sus fachadas, la alineación de las calles y de las plazas; en suma habría que conservar en la medida de lo posible la ciudad entera<sup>49</sup>. En este asunto, los periódicos liberales y republicanos apoyaban a la Comisión de Monumentos<sup>50</sup>.

*El Castellano*, por el contrario, recogió un artículo de la *Revista Sanitaria de Toledo* que tenía un mensaje totalmente diferente. El autor, el arquitecto diocesano Pedro Vidal, no estaba en contra de la conservación cuidadosa de los monumentos más importantes de la ciudad. Sin embargo, “el primer problema que debemos resolver es el de vivir, vivir mucho y bien. Y el arte del pasado por grande que sea no debe impedirnos la resolución de este problema fundamental en la vida del hombre, ni impedirnos a los hombres de hoy, proscribiendo toda reforma, la producción de nuevas obras de arte...” Era fundamental mejorar las viviendas y la salubridad de la ciudad. “Y esto no puede lograrse sin ensanchar las principales arterias del movimiento social, que al mismo tiempo que dan vida al comercio interior, facilitan la circulación del aire, la acción de la luz en muchos rincones hoy oscuros y mal olientes, uniendo en una palabra, en íntimo consorcio la ciudad vetusta con la ciudad sana”<sup>51</sup>. Los intereses prácticos de los establecimientos eclesiásticos, por lo visto, eran más importantes para la prensa católica que el florecimiento económico de la ciudad fomentando el turismo, y más importantes que la protección del patrimonio local, sobre todo cuando se trataba de construcciones judías sin valor artístico o de cuadros extravagantes de un pintor extranjero. De este modo, se produjo la situación paradójica de que la prensa católica, en su defensa de los intereses de la Iglesia, adoptó una posición ultra-liberal y anti-tradicional abogando por la libertad más absoluta de la propiedad y la modernización radical del recinto urbano basada en los preceptos más recientes de la ciencia.

### **Más combates culturales alrededor del centenario**

Sin embargo, durante los meses en que se estaba preparando el centenario, no fue tanto la rivalidad entre la provincia y Madrid, o la relevancia de la presencia judía en Toledo, lo que ocupó el primer plano en los periódicos locales, sino la lucha ideológica entre el campo católico y los demás, lucha que rápidamente degeneró en un duelo feroz entre católicos y anticlericales, reflejando así a nivel local los combates culturales que desde hacía algunos años habían surgido en la política nacional, primero a raíz del supuesto clericalismo de Maura y después por la política anticlerical del gobierno de Canalejas. En enero de 1914, por ejemplo, las publicaciones católicas ya habían criticado a Cano por otra propuesta suya cuando el concejal conservador pidió que se determinase la propiedad de un cuadro de El Greco en la iglesia de San Vicente. Según sus datos la pintura procedía de una fundación de la que era patrono el Ayuntamiento de Toledo. Como siempre los católicos dejaban oír sus críticas defendiendo los intereses de los establecimientos eclesiásticos. *El Castellano*, de este modo, se mostraba muy escéptico frente a las aseveraciones del concejal afirmando “que el derecho de Patronato se pierde por prescripción, por no uso, por renuncia tácita o expresa y por no cumplir las cargas de la fundación”. O sea, si no era en el interés de la Iglesia el

---

<sup>49</sup> García Martín, op. cit., pp. 185.

<sup>50</sup> Véase por ejemplo: las noticias acerca del asunto en *El Heraldo Toledano*, del 11 y 18 octubre y 3 y 15 noviembre 1913.

<sup>51</sup> P. Vidal, “Higiene y arte”, *El Castellano*, 20 septiembre 1913.

derecho de propiedad no parecía sagrado. En este asunto *El Castellano* fue secundado por *El Porvenir*, que en una breve noticia se limitó a expresar las mismas dudas<sup>52</sup>. Manuel Cano no se dignó a responder a las críticas desde la derecha católica, pero tampoco obtuvo el apoyo de la prensa dinástica o de los periódicos republicanos. Sin embargo, nuevos incidentes acerca de algunos cuadros de El Greco lograron encender el fuego en ambos campos.

A principios de febrero un artículo en el diario madrileño *El Liberal*, en el cual A. Gómez Camarero denunció la venta de dos cuadros de El Greco, procedentes otra vez de la Capilla de San José, llevó a una primera escaramuza. Algunos días más tarde el conde de Guendulain negó en el mismo diario que se fueran a vender los cuadros. En Toledo casi todos los periódicos mencionaban el asunto y algunos tomaban claramente postura. Mientras que el *Heraldo Toledano* defendía a “nuestro compañero Sr. Gómez Camarero”, *El Castellano* condenaba su actuación sin ambages: “De lamentar es que quien ha tomado por bandera el buen nombre de Toledo lance a la publicidad esas fantasías periodísticas que nada favorecen al prestigio de nuestra ciudad”<sup>53</sup>.

Una polémica más agria surgió justo dos semanas antes de la conmemoración. El 24 de marzo Francisco de Borja de San Román publicó un artículo en el diario liberal *El Eco Toledano* en el cual protestó contra el desprendimiento de los cuadros de El Greco del retablo de Santo Domingo el Antiguo. San Román era el hijo del concejal conservador Teodoro de San Román y era un especialista en el tema de El Greco. En su tesis doctoral *El Greco en Toledo o nuevas investigaciones acerca de la vida de Domenico de Theotocópuli*, de 1910, había sacado a la luz nada menos que 88 nuevos documentos acerca de la vida de El Greco y de su hijo Jorge Manuel. En su artículo atacó duramente la “profanación artística” que se había perpetrado: “Los maravillosos lienzos del Greco ... han sido brutalmente arrancados del lugar donde el Greco los pintara. No ha podido escogerse ocasión más crítica e inoportuna; precisamente ahora, en que tratamos de glorificar al excelso artista”. Ya de antemano rechazó la defensa que en este tipo de casos solían hacer los católicos, escribiendo: “(s)eguramente, se invocará el derecho de propiedad; acaso se diga que cada cual es dueño de hacer lo que le plazca en cosas suyas”<sup>54</sup>.

Una semana más tarde el mismo diario incluso acusó a las monjas de haber querido vender los cuadros de El Greco. El autor anónimo dejó claro cual era su opinión. “Si algún día la comunidad de Santo Domingo el Antiguo necesita pan, Toledo y España deben proporcionársele, pero nunca, NUNCA consentir que los cuadros del insuperable THEOTOCÓPULI salgan del recinto de la ciudad tres veces murada, invóquense los *derechos de propiedad* que se quiera”<sup>55</sup>. *El Heraldo Toledano*, que contrariamente a *El Eco Toledano* tenía fuertes inclinaciones anticlericales, aprobó la denuncia de San Román, utilizando términos más fuertes. Según el periódico las pinturas del excelso artista eran “brutalmente profanadas”, y el templo había sido saqueado por los propios señores de la casa. También rechazó de antemano el derecho de propiedad, que en este caso le parecía muy discutible, ya que “no es lícito que el interés público y la dignidad de un pueblo puedan sacrificarse a un egoísmo individual o a un interés privado”. Para remediar esta situación pedía “una ley protectora de nuestras obras de arte”<sup>56</sup>.

---

<sup>52</sup> “¿De la Iglesia o del Ayuntamiento?”, *El Castellano*, 17 enero 1914 y “El ‘Greco’ de San Vicente”, *El Porvenir* 22 enero 1914.

<sup>53</sup> “Los ‘Grecos’ de San José”, *El Heraldo Toledano*, 6 febrero 1914 y “Rectificación”, *El Castellano*, 7 febrero 1914.

<sup>54</sup> Francisco de San Román, “Los cuadros de Santo Domingo el Antiguo: Nuestra protesta”, *El Eco Toledano*, 24 marzo 1914. Para San Román véase: Clemente Palencia, “D. Francisco de Borja de San Román: Su labor investigadora”, *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo* 59 (1943) 81-93.

<sup>55</sup> Un Toledano, “Los Grecos de Santo Domingo el Antiguo”, *El Eco Toledano*, 31 marzo 1914.

<sup>56</sup> “Sin nombre: Los ‘Grecos’ de Santo Domingo”, *El Heraldo Toledano*, 27 marzo 1914.

*El Castellano*, como siempre, salió en defensa de la Iglesia, insistiendo en el derecho de propiedad “que no nos toca ahora defender, porque ya se hizo en este mismo periódico con abundancia de argumentos”. Afirmaba que gracias al dignísimo Vicario Capitular los cuadros ya habían vuelto a su sitio. Este no era un asunto de los demás; así la Comisión de Monumentos de Toledo, que se había alarmado por la desaparición de los cuadros, no podía exigir nada. Como máximo podía dirigir sus súplicas a la autoridad eclesiástica<sup>57</sup>. Más resolutivo todavía en su defensa de la Iglesia era *El Porvenir*. En la portada explicó que las monjas habían quitado los “codiciados tesoros artísticos” por miedo de que fuesen robados o dañados por visitantes irreverentes. Sin embargo, el ilustrísimo señor Vicario Capitular con su “celo y sus amores por Toledo y por el arte” rápidamente había solucionado el asunto. En otro artículo del mismo día censuró fuertemente a Teodoro San Román, quien en su función de concejal había llevado el asunto al Ayuntamiento, quejándose que este acto pudiera “quitar gran importancia a las fiestas del Centenario”. Según el semanario carlista nada podía hacer en ella la autoridad civil, “por ser de exclusiva competencia de la autoridad eclesiástica”. Denuncio al “pío concejal” por haber criticado a la Iglesia. Incluso los anticlericales habían dado a los católicos el tiempo de corregir sus propios errores. Y seguía su querrela: “¡Qué dirán los Sacerdotes y católicos que le votaron!; después de todo, les está bien merecido que les bofatee el mismo a quien confiaron su representación, negando su apoyo a otros que, según las normas pontificias, estaban en el deber de haber votado”<sup>58</sup>.

Teodoro de San Román no dejó el ataque sin contestar. El artículo contra su persona en *El Porvenir* no tenía “nada de piadoso ni caritativo”. Explicó en *El Eco Toledano* que él y su hijo no habían tenido la intención de ser irreverentes con la autoridad eclesiástica y sólo fueron guiados por “el desinteresado amor al arte y a la cultura patria”. Y ahora se le respondía “con insultos y frases de mal gusto, impropias de un periódico católico”. Sobre todo le molestaban las observaciones acerca de sus electores. Insinuaba que los electores “bien conocidos de *El Porvenir*” se dejaban pagar para sus votos, mientras que los suyos tenían “conciencia de sus deberes cívicos y no hay que empujarles para que vayan a la urna”. San Román acabó su artículo con una advertencia. “Para terminar, tenga en cuenta *El Porvenir*, que si continuara privilegiándonos con sus diatribas e insultos, éstos no alcanzarán nunca la altura de nuestros desprecios”<sup>59</sup>.

Algunos días más tarde *El Porvenir* volvió a la carga. Refiriéndose al escándalo que había salido a la luz cinco años antes, escribió que sería mejor que San Román “emprendiera una nueva campaña para reclamar las obras del Greco que, perteneciendo al Ayuntamiento están en el novísimo Museo que lleva el nombre del pintor cretense, y que, a juicio de muchos, han sufrido restauraciones que las desnaturalizaron”. Al final del artículo incluso se hacían alusiones personales, poniendo en duda, como el seminario había hecho antes con Caso, su reputación de buen católico afirmando: “nosotros no hicimos sino proyectar su silueta para que la conocieran los que, siendo católicos, le votaron contra las normas de Su Santidad”<sup>60</sup>.

El día siguiente, *El Heraldo Toledano* salió a la defensa de San Román en un artículo llamado “La defensa del suicidio”, que no dejaba lugar a dudas sobre su contenido. Condenaba “el tono violento” y la “grosería” que siempre era inapropiado en “personas religiosas”. También se mostró disconforme con las razones aducidas para poder vender los cuadros de El Greco: “¿a qué triste situación se ha dejado llegar a esa comunidad, que para

<sup>57</sup> “Los Grecos de Santo Domingo” y “Los fariseos”, *El Castellano*, respectivamente 28 marzo y 1 abril 1914.

<sup>58</sup> “Los cuadros de Santo Domingo”, “Sobre una denuncia de un pío concejal”, *El Porvenir*, (26 marzo 1914). Para la pregunta de San Román véase: Actas, Ayuntamiento constitucional de Toledo (1914) 23 marzo.

<sup>59</sup> Teodoro de San Román y Maldonado, “Sobre un artículo de un impío redactor de ‘El Porvenir’”, *El Eco Toledano*, (30 marzo 1914).

<sup>60</sup> “Para D. Teodoro San Román y Maldonado”, *El Porvenir*, (2 abril 1914).



sostener su clausura tiene que vender necesariamente hasta los santos que embellecían sus altares, y que inspiraban la devoción y el respeto a los fieles que allí, en su Iglesia, se reunían?” Y concluyó que hay que defender los cuadros del Greco “hasta morir si es necesario, o no llamarse soldados de Cristo”<sup>61</sup>. En el fondo, el periódico no solamente defendió a El Greco como parte del patrimonio local, sino también reprochó a la Iglesia que no respetara las imágenes religiosas del pintor.

No solamente el trato de El Greco por parte de algunos eclesiásticos era motivo para un agrio debate entre los clericales y los demás, lo mismo ocurrió con la conmemoración del pintor toledano. La batalla se inició con una evaluación negativa de los festejos por parte de *El Castellano*. En su reseña el autor constató que en Toledo no existía mucho aprecio por el patrimonio local, escribiendo: “Nosotros mismos somos los primeros sorprendidos de que haya extranjeros que se gasten el dinero en venir a ver cuadros viejos y ruinas históricas”. Por lo tanto concluyó: “La verdad es dura; pero hay que decirla: no amamos el arte porque no sabemos apreciar la belleza, porque carecemos de la cultura necesaria”. Por lo tanto, hubiera sido mejor gastar el dinero en la construcción de una nueva escuela, dedicada a la memoria del gran pintor, que en unas fiestas malogradas<sup>62</sup>.

El 17 de abril *El Heraldo Toledano* reaccionó a la valoración negativa por parte de su oponente diciendo que su crítica era muy curiosa por proceder de una publicación católica, ya que, contrariamente a los periódicos de izquierda, la prensa católica de Madrid no había publicado nada sobre “el eximio pintor de los sagrados episodios y los celestiales personajes, que tanto excita con su arte de divina inspiración el sentimiento religioso”. Además la Iglesia no hacía nada para fomentar el aprecio por el arte, “¿qué educación ni cuáles ejemplos de respeto y amor al arte le dan los eclesiásticos malvendiendo y maltratando las obras artísticas confiadas a su custodia...? ¿No ha visto el pueblo, en vísperas del Centenario, cómo aquellos a quienes considera sus guías, sus educadores, sus consejeros, pretendían escamotear producciones del artista cuyo enaltecimiento pública se preparaba?”<sup>63</sup>

El periódico católico no dejó el ataque sin respuesta, defendiendo la actitud de la Iglesia en el tema del arte. El autor dijo que las reformas liberales del siglo XIX habían despojado a la Iglesia de sus bienes, y no obstante ella había hecho todo para conservar los tesoros artísticos que le quedaban. Y si vendían obras de arte como los de El Greco, no era por codicia, “como se ha escrito alguna vez, sino para no morir de hambre... Y si en España no hay amantes de arte que lo compren, ni un Gobierno que lo sepa pagar en su justo precio, ¿quién podrá criticar que se venda a un extranjero?”. Para fomentar el ambiente artístico, habría que fomentar la cultura. Y esto no consistía, como estaban haciendo los periodistas de *El Heraldo*, en “gritar desaforadamente, en pronunciar palabras gruesas, diatribas apasionadas, acusaciones tendenciosas e injustas, sacando a pública plaza nuestros defectos, a menudo muy exagerados, y haciendo creer a los forasteros que Toledo es poco más que un campamento de beduinos ... y esto, francamente, nos parece reprobable y poco patriótico”. El patriotismo, por lo tanto, según el autor consistía en no poner el énfasis en los propios defectos, como ya hacían a menudo los periódicos madrileños, para no dañar la imagen de la ciudad y de la Iglesia. Volviendo sobre el debate del año anterior acerca del barrio judío, *El Castellano* afirmó que el patriotismo, tal y como lo defendía su oponente, le parecía ridículo: “*El Heraldo Toledano*, estima, por ejemplo, que es un malhechor del arte quien defiende el derribo del barrio llamado judío, por creerlo un barrio artístico, o por lo menos histórico; mientras que nosotros creemos que es un bienhechor de Toledo el que sustituya con

---

<sup>61</sup> “La defensa del suicidio”, *El Heraldo Toledano*, 3 abril 1914.

<sup>62</sup> “El Centenario del Greco” y Z., “Todavía el ‘Greco’”, *El Castellano*, 15 abril 1914.

<sup>63</sup> “Apostillas a un colega: Después del Centenario”, *El Heraldo Toledano*, 17 abril 1914.

edificaciones higiénicas ese barrio que es un foco de infección, donde no hay una sola casa de mérito artístico, histórico o arqueológico”<sup>64</sup>.

Dos semanas más tarde un periodista de *El Porvenir* se alió con *El Castellano* dando una dura respuesta al ataque de *El Heraldo Toledano*. Acusó a los autores, que criticaban a la Iglesia por querer vender algunos cuadros de El Greco, de ser ellos mismos unos “chamarileros” que “después de emplear todas las mañas del oficio no consiguieron sus deseos” porque otros les hacían competencia con más dinero. Su crítica por lo tanto era injusta y nada sincera. “(E)sos mismos, que viviendo precisamente del comercio de los objetos antiguos, importándoles un bledo la historia, el arte y la Patria, son los que después, por despecho, se erigen en sus defensores y panegiristas”<sup>65</sup>.

*El Heraldo*, que como los demás periódicos no tomaba demasiado en serio las acusaciones desaforadas de los carlistas, no dejó la respuesta de *El Castellano* sin contestar. Otra vez el concepto de la patria y el papel del patrimonio estaban en el centro del debate. El autor dijo que la Iglesia no guardaba bien sus tesoros artísticos. Estos, además, no eran simplemente su propiedad, sino que formaban parte integrante del patrimonio de Toledo, y por lo tanto de la nación. “Tiene gracia que los sensatos sean los que comercian con el alma de Toledo, con la piedad cristiana, cristalizada en las obras de arte ofrendadas al culto”. La libertad regional que decían defender los católicos no era más que la libertad de “una insensata minoría para hacer en daño del arte – que es en daño de Toledo – cuanto le viene en gana”<sup>66</sup>. La mejor manera de atacar el patriotismo español del contrincante, por lo tanto, parecía ser afirmar que el otro actuaba en detrimento de los intereses locales.

## Conclusión

Al final podemos concluir que en todo lo que concernía al patrimonio local las elites toledanas iban al remolque de las clases dirigentes nacionales. Pero paradójicamente, los debates locales sobre la herencia artística e histórica de la ciudad estaban más polarizados que en los foros madrileños. La derecha católica, representada en Toledo por los carlistas de *El Porvenir* y los católicos de *El Castellano*, mostraba poco interés por el patrimonio e incluso abogó por derribar el barrio judío y defendió el derecho de la Iglesia de disponer libremente de sus grecos. Probablemente por los malos recuerdos de las desamortizaciones, defendió con ahínco los intereses y la libertad de los establecimientos eclesiásticos frente al Estado, protestando contra las reclamaciones del patrimonio histórico y artístico – sobre todo si era propiedad de la Iglesia – en nombre de la nación. La identidad religiosa, por lo visto, era más importante que la nacional o la local. No obstante, parece que en las décadas siguientes los católicos revisaron esta actitud, intentando aunar la religión católica y el pueblo español en un pacto sagrado entre el Altar y la Nación. En Toledo, por ejemplo, la Iglesia empezó a hacer esfuerzos para enseñar sus tesoros al gran público, abriendo un Museo Capítular en 1919 y haciendo planes para un Museo Diocesano poco después. También intensificó sus actividades en el campo de la política de la memoria, celebrando el tercer centenario de la muerte del historiador jesuita Juan de Mariana en 1924 y dos años más tarde, de forma más brillante, el séptimo centenario de la colocación de la primera piedra de la Catedral<sup>67</sup>.

Sorprendentemente, en cuanto al aprecio por el patrimonio local la fractura más visible en estos años se situaba entre la derecha católica por un lado y los republicanos, los liberales y los miembros del Partido Conservador por el otro. Sobre todo al principio, los que más se interesaban por el patrimonio local eran los republicanos y los liberales progresistas. Para

---

<sup>64</sup> “Para alusiones”, *El Castellano*, 22 abril 1914.

<sup>65</sup> “Cuatro palabras a un colega”, *El Progreso*, 30 abril 1914.

<sup>66</sup> “Dice ‘El Castellano’”, *El Heraldo Toledano*, 1 mayo 1914.

<sup>67</sup> García Martín, op. cit., pp. 229, 241 y 259-260.

ellos los tesoros artísticos e históricos de la ciudad formaban una herencia colectiva que en el fondo pertenecía al pueblo entero. Sin embargo, en los primeros años del siglo XX todavía no estaba del todo claro si los derechos del propietario individual tenían que ceder frente a los intereses del patrimonio colectivo. En los debates de 1906 y 1907 sobre la venta de cuadros de El Greco por el conde de Guendulain quedó claro que a escala nacional una pequeña minoría de parlamentarios republicanos, catalanistas y liberales avanzados quería restringir la libertad del individuo en favor de los derechos de la nación sobre su herencia colectiva. Sus correligionarios toledanos tardaron algunos años más en adoptar esta posición, ya que en esta ocasión se limitaron casi enteramente a hacer una apelación al patriotismo local y nacional del conde para revisar su decisión. Lo que determinó la valoración del patrimonio de los liberales avanzados y los republicanos era su concepto democrático de la nación. La nación era el conjunto de ciudadanos, y los restos de su glorioso pasado también le pertenecían. De este modo habría que facilitar el acceso de todos los ciudadanos a los tesoros nacionales, por ejemplo abriendo las puertas de la Casa del Greco donde se podían admirar sus cuadros, conservar los restos del pasado, incluso la arquitectura menor del barrio judío, y fomentar el conocimiento del pasado nacional, celebrando conmemoraciones de sus héroes como la de El Greco.

Miembros del Partido Conservador como Manuel Cano Gutiérrez y Teodoro San Román también estaban a favor de la protección del patrimonio local, pero parece que su afán era menos grande y que sus motivos fueron diferentes que los de la izquierda. En 1907, por ejemplo, las publicaciones conservadoras no levantaron su voz para protestar contra la venta de los grecos. Y cuando en 1914 San Román denunció la breve desaparición de los cuadros de El Greco en Santo Domingo el Antiguo, lo hacía principalmente porque estaba preocupado por el éxito del centenario. Por lo tanto, a los conservadores no parecía importarles tanto la pertenencia del patrimonio a la nación entera, sino la reputación de la ciudad y el prestigio de sus notables, sobre todo cuando se organizaba un gran evento como la conmemoración de El Greco con un impacto a escala nacional. Cano era el único que prestaba atención al interés económico que podría tener el turismo. Para él la conservación del patrimonio y la organización de fiestas conmemorativas no servirían tanto para estimular el sentimiento nacional de la población, como para atraer visitantes y de esta manera mejorar la economía local. Y para ello, convendría subrayar el aspecto exótico de la ciudad, como la herencia judío y árabe, y convertir la ciudad (temporalmente) en un espectacular museo al aire libre.

Mientras tanto la relación entre todos los sectores de la elite toledana y Madrid se caracterizaba por un fuerte recelo hacia la dominación madrileña. Estaba claro que todos los cambios en la actitud hacia el patrimonio toledano y en su interpretación venían de fuera, mientras que todas las decisiones importantes fueron tomadas en Madrid. Eran los periodistas y parlamentarios madrileños quienes se alarmaban por la venta de los cuadros de El Greco, era el marqués de la Vega Inclán el que compró y arregló la Casa del Greco, y eran los madrileños quienes determinaron en gran medida el contenido del centenario de 1914. Comparado con otras ciudades de provincia como Santander, Cádiz, Zaragoza o Valencia – y más aún con Bilbao o Barcelona – Toledo era demasiado pequeño y estaba demasiado cerca para oponerse efectivamente a esta supervisión desde la capital. El viaje de ida a vuelta se podía hacer fácilmente en tren o automóvil, y el interés de intelectuales, artistas, periodistas, académicos y políticos madrileños por la ciudad monumental era grande. Por otro lado, Toledo no tenía suficientes salidas para sus mejores talentos y como consecuencia la fuga de cerebros toledanos a la capital era constante. De este modo, la elite local no tenía suficiente peso intelectual, financiero y político para librarse de la tutela madrileña. Sus héroes y monumentos eran reclamados desde Madrid para la nación entera. Y en contra de lo que pasaba en otras partes del país, los notables locales no tenían el poder suficiente para propagar su propia interpretación, o por lo menos entrar en negociaciones con Madrid para co-

determinar la identidad local. Por consiguiente, lo que predominaba en Toledo era un sentimiento de impotencia, lo que se tradujo en constantes quejas por las interferencias de Madrid y un particularismo herido. Lo que hacían, aunque sin éxito alguno, era reclamar que el patrimonio local pertenecía en primer lugar a la ciudad, y sólo a través de ella al resto de España.

Una razón adicional para esta falta de iniciativas locales para conservar y propagar el patrimonio toledano, y con ello la identidad colectiva de la ciudad, era la falta de unidad interna. En los debates de la prensa madrileña, el mundo académico y las Cortes sobre el patrimonio toledano, los participantes mostraban cierta cortesía, y la voluntad general de evitar la intransigencia política que había caracterizado gran parte del siglo XIX. A nivel local, al menos en Toledo, el tono era más exaltado. Incluso los asuntos culturales se discutían agriamente, sobre todo entre la izquierda (anticlerical) y la derecha católica. Los argumentos se mezclaban a veces con insultos. Sin embargo, los ataques personales más fuertes procedían de los carlistas y no iban dirigidos contra los republicanos, sino contra sus rivales en el electorado católico: los conservadores moderados como Cano y San Román. Al parecer, era necesaria la amenaza del socialismo – todavía muy débil en el panorama local – para fomentar la unidad entre las derechas.